SOLEMNIDAD DE SANTA MARIA, MADRE DE DIOS

Hoy, en la Octava de la Navidad, uno de Enero, Celebramos solemnemente a María como Madre de Dios, esto es, la contemplamos en su maternidad, que hizo posible la venida del Mesías Salvador en la noche de Navidad.

También es hoy el inicio del año civil; también es jornada mundial de oración por la paz. Queremos fijarnos preferentemente en la primera celebración y en la jornada mundial de oración por la paz. Hoy hacemos una doble confesión: proclamamos nuestra fe en María, Madre de Dios, y nuestra firme convicción de que el hijo de sus entrañas es Hijo de Dios, nacido en la carne (Aspecto desarrollado en la Eucología). La Mariología para la Cristología y ésta para aquélla. María nos ayuda a conocer a Jesús y Este a conocer a María.

En la Oración sobre las Ofrendas proclamamos: "*a cuantos celebramos hoy la fiesta de la Madre de Dios, Santa María".* Este hoy nos ayuda a darnos cuenta de lo que está sucediendo. Si el día de Navidad nos fijábamos más en el niño, hoy ponemos nuestra atención especialmente en la Madre." *En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre*" (Evangelio de día, capítulo 2 de San Lucas.

Este es el título más noble, el primero, su privilegio básico. Después y sólo después, vendrán los otros.

María es madre de Jesús, no sólo porque le ha dado su carne y la sangre, sino también porque ha penetrado íntimamente en su misterio y se ha unido a él de la manera más perfecta.

"*Se consagró totalmente...a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con El y bajo El, con la gracia de Dios omnipotente*" dirá el Concilio en la Lumen Gentium, 56.

La Virgen María, Madre de Dios, es también Madre de la Iglesia. En la Oración después de la Comunión aclamamos: "A *cuantos proclamamos a María Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia".* La Virgen, por haber dado a luz a la fuente de la gracia, es Madre de la Iglesia y símbolo de la comunidad cristiana, en cuyo seno encontramos a Cristo los creyentes.

Lectura Primera: Del Libro de los Números 6, 22-27

Si hoy celebramos la jornada mundial de oración por la paz, resulta muy idónea esta lectura del Antiguo Testamento.

Este es uno de los textos más ricos y de mayor elegancia literaria de todo el Pentateuco.

Esta hermosa plegaria era empleada por los sacerdotes cuando bendecían al pueblo.

La bendición sacerdotal expresa la respuesta de Dios al mantenimiento de la pureza y a la generosa consagración voluntaria de la comunidad. El derecho de invocar el nombre de Yahvé sobre la comunidad se reserva a los hijos de Aarón.

Vamos a comentar algunos versículos.

Nm 6, 24 emplea los verbos "*bendecir"* y "*guardar*". " *Bendecir* " y " *bendición*" son los términos clásicos usados por el Antiguo Testamento para expresar toda suerte de bienes y

dones, tanto de orden natural como sobrenatural. " *Guardar*" expresa la protección de Dios que acompaña a su pueblo para defenderlo en sus adversidades y salvarlo en sus desgracias

25 ilumine Yahveh su rostro sobre ti y te sea propicio;

Este versículo emplea una primera forma verbal de carácter antropomórfico: *haga brillar su rostro sobre ti*, muy frecuente en la piedad de los salmos; en el salmo 80, por ejemplo, se repite en forma de estribillo hasta tres veces (Salmo 80, 4.8.20). Un rostro brillante o radiante es expresión de bondad y benevolencia, que son, a su vez, los mismos conceptos que se contienen en la segunda oración de 6, 25: *te dé su gracia,* o sea, sus favores y sus beneficios.

26 Yahveh te muestre su rostro y te conceda la paz.»

Empieza con un antropomorfismo muy similar al de Nm 6, 25, que solicita de Dios una mirada benevolente y amiga.

Que Dios levantara su rostro es una expresión clara de su favor: "Muchos dicen: « ¿Quién nos hará ver la dicha?» ¡Alza sobre nosotros la luz de tu rostro! Yahveh," (Salmo 4, 7). Cuando vivían tiempos de desgracia, los israelitas pensaban que Dios había "ocultado su rostro" y les había abandonado: "Pero yo ocultaré mi rostro aquel día, a causa de todo el mal que habrá hecho, yéndose en pos de otros dioses" (Dt 31. 18)

La oración final te conceda *la paz*, junto con la primera *te bendiga* (6, 24), es la más densa, dado que los términos " bendecir" y "paz" son los que expresan de manera más plena los bienes de la salvación en el sentido más integral de la palabra: los bienes del cielo y de la tierra... El original shalóm que está detrás de "paz" es el término empleado por todos los pueblos semitas para saludar, por ser, según ellos, el que mejor condensa todo el bien que se puede desear a una persona.

Los hombres hablan de paz, la buscan, ponen medios para conseguirla; pero no la obtendrán, sino realizan el deseo del versículo 27: *"Que invoquen así mi nombre sobre los hombres y yo los bendeciré.»*

El estribillo del salmo responsorial: "*El Señor tenga piedad y nos bendiga*" es muy adecuado y expresa la actitud permanente, que el hombre debe adoptar para obtener la paz, que tanto ansía y necesitaba.

La Virgen María es signo elocuente y expresivo de la bendición de Dios a los hombres. La bendita entre todas las mujeres se convierte en fuente de bendición.

Segunda Lectura: Gálatas 4, 4-7

Hoy celebramos la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios. Lectura adecuada, no solamente por su significado mariológico, sino por otras razones, que iremos exponiendo. A primera vista podemos decir que ha sido elegida esta lectura por su carácter mariológico, que está poco desarrollado; será la mariología quien profundice más en este aspecto.

Gálatas 4, 4-7 constituye una de las cimas teológicas de la Carta y debe ser leída esta perícopa a la luz de Rom 8. El misterio de Dios, que se hace presente en Jesucristo, se nos revela como una trinidad de personas: el Padre, el Hijo, el Espíritu. Al Padre se le llama aquí Abba por primera vez en el Nuevo Testamento. Es una palabra cariñosa y familiar que los judíos no utilizaban para dirigirse a Dios, pero que Jesús sí adoptó con toda espontaneidad para expresar su confianza filial en Dios y su entrega total a la misión encomendada.

En Gal 4, 4 alude Pablo, por única vez en todos sus escritos, a la madre de Jesús. Pablo pretende aludir a Eva y a su descendencia (Gen 3, 16), y de esta manera trata de subrayar la solidaridad liberadora de Cristo con todo el género humano.

Vamos a exponer de una manera detenida el contenido teológico de estos versículos.

4 "Pero cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley,

Plenitud del tiempo. El tiempo como decurso temporal llegó a su plenitud, es decir, a su meta. Presupone que Dios tiene en su poder el tiempo y que le ha fijado, como a todo en el mundo, una determinada medida y que lleva esta medida a su realización.

Tal plenitud del tiempo ha traído, según Pablo, la venida de Jesucristo. El final del tiempo se ha hecho realidad con la aparición del Hijo de Dios en el cosmos.

La aparición de Jesucristo se apoya en el acto del envío divino. El envío presupone naturalmente como punto de partida la presencia de Dios; de aquí que el enviado es su Hijo (Dios)

La aparición de Cristo Jesús consiste en la encarnación. El Hijo de Dios es enviado como introducido en la naturaleza del hombre, determinada por la mujer, como el "*nacido de mujer".*

La mariología desarrollará más esta afirmación: "*nacido de mujer*". Mujer, no sólo como medio necesario, biológico, sino como medio teológico, de aquí toda la aportación de la maternidad divina de María.

Se resalta la verdadera humanidad del Hijo. A su humanidad pertenece no sólo su naturaleza humana, sino también la historia. La historicidad de su aparición la resalta el segundo añadido: *hecho bajo la ley, sometido a la ley*. Se sobreentiende para Pablo que el sometimiento a la ley ocurrió no por obligación, sino por observancia. Aquí se piensa más en la igualdad de la suerte del enviado con aquellos en cuyo favor había acontecido el envío.

Ese total ser-entregado del Hijo en el cosmos, ese introducirse en la concreta realidad del hombre que se realiza por nacimiento y vida, tenía la finalidad de liberar a aquellos que estaban bajo la ley.

5 para que rescatase a los que estábamos bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción como hijos

Se trata indudablemente, de todos los hombres, es decir, judíos y gentiles. A esta meta negativa de liberación responde la segunda que es positiva: *el recibir la adopción por nuestra parte.*

La hyiothesia "es un término técnico jurídico, correspondiente al latino *adoptio*. " Recibir la *hyiothesia* es, pues, tanto como ocupar el puesto de un hijo adoptivo.

El envío del Hijo, en cuanto acto escatológico, ha acabado, pues con la esclavitud de los hombres bajo la ley de las fuerzas elementales mundanas y nos ha traído la aceptación como hijos.

Con este nuevo estado de hijos de Dios no se agota naturalmente el don de Dios, sino que es condición y causa de que Dios nos envíe ahora el Espíritu al corazón, en lo que consiste el bien prometido y la bendición de Abrahán.

6 Y porque sois hijos, Dios envió al Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, clamando ¡Abba, Padre!

La filiación que se hizo realidad con el envío de su Hijo, ha movido a Dios a enviar a nuestros corazones también el Espíritu de su Hijo. Dios nos regla, pues, no sólo el estado de hijos, *sino también la manera y el saber ser hijos.* (Pensamiento sublime que pocas veces escuchamos en nuestra predicación) Y nos regala la manera y el saber de hijos, porque lo somos. Su segunda obra de amor se funda en la primera y la continúa. Ser y saber ser. Ser y desarrollar el ser: obra del Espíritu.

Dios no se conforma con una acción. Dios envió a su Hijo para que seáis hijos de Dios. Y porque sois hijos de Dios, envió también al Espíritu de su Hijo. No se ha quedado todo en el ser hijo objetivamente, sino que se ha llegado a la experiencia subjetiva y a la manifestación del ser de hijo.

El "*Espíritu de su Hijo*" es también la fuerza del Dios presente. Es la fuerza del amor de Dios que se "derrama en nuestros corazones por el Espíritu santo". En cuanto Espíritu del Padre y del Hijo nos testifica nuestra condición de hijos, haciendo presente el amor y así acaba con el temor.

Porque somos hijos de Dios, envía Dios el Espíritu para completar en nosotros mismos nuestro ser de hijos, y en el Espíritu envía a Cristo a nuestros corazones como poder presente de su amor.

En la fuerza de su Espíritu se debe mostrar y se mostrará la filiación en la oración propia de hijos. La posesión de los corazones por el Espíritu del Hijo se exterioriza en el grito del Espíritu mismo. Más incluso que en Rom 8, 14 es aquí la oración un grito del Espíritu mismo. La suma de esa oración es: *Abba, Padre.* Hace que el Espíritu mismo de su Hijo suscite la humilde y confiada voz del niño que llama: Sí, querido Padre.

Con respeto al ser, los hombres son hijos de Dios por la venida de Cristo, en cuanto a posibilidad se refiere. (Pero en la realidad lo son por el bautismo, mas Pablo aquí no menciona expresamente). El don de la oración filial hace manifestarse experimentalmente la condición de hijos en plenitud.

7 Así, ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, también eres heredero mediante Dios

La consecuencia se expresa otra vez sorprendentemente en segunda persona singular y gana con ello en importancia personal. El asunto le va a cada uno en particular. Pero el ser hijo incluye el ser heredero. Intencionadamente se pone Dios al final de la frase. Dios es el autor de toda la riqueza que con la adopción toca al que antes fue esclavo. Dios había incluido la herencia en su promesa, la que se recibe con el Espíritu.

¿Pero no contradice esta exégesis de v.6s- a lo que Pablo dice en Rom 8, 14: "*En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.*?"

Según Romanos 8, 14 el ser de hijo se fundamenta, se expresa, se manifiesta, cuando es guiado por el Espíritu. Se presenta, pues ser conducido por el Espíritu como condición para ser hijo. En Gálatas 4, 6, el ser hijo es condición para el envío del Espíritu.

La contradicción es solo aparente. La dificultad no es de tipo teológico, sino que surge de la manera de hablar.

Hacemos una síntesis para darnos cuenta de cómo no existe contradicción esencial, sino verbal, en el decir.

Pablo quiere decir: 1) El ser-hijo de- Dios del hombre se ha realizado para el mundo objetivamente y en general por el envío de Cristo. Todos los hombres son, en cuanto a posibilidad se refiere, hijos de Dios por la encarnación del Hijo de Dios. Pueden, por tanto, hacerse "hijos de Dios". 2) El ser-hijo- de Dios del hombre se realiza objetivamente y para cada uno por medio del bautismo.

En al bautismo se "recibe"el ser de hijo de Dios. El ser-hijo-de- Dios se manifiesta personalmente para cada uno, se hace experiencia personal del individuo con el envío del Espíritu al corazón: a ese envío tiene que responder la entrega del corazón al don y a la guía del Espíritu.

Pablo conoce, pues, en relación con el cristiano en particular, un doble sentido de la constatación de que es hijo de Dios. Respecto de su ser los bautizados son hijos de Dios como bautizados. Respecto de su conducta, o sea, "existencialmente", los bautizados son hijos de Dios sólo cuando se abandonan al testimonio y a la guía del Espíritu infundido en sus corazones.

Se trata de dos formas de hablar en Gal 4, 6 Pablo habla en un sentido teológico-esencial; en Romanos 8, 14 en un sentido moral, lógico.

Por eso puede decir Pablo en primer lugar: Porque sois hijos de Dios- lo que se funda en el envío del Hijo y se realiza para cada uno por el bautismo-, envió Dios el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, y en segundo lugar: Pues hijos de Dios son quienes son guiados por el Espíritu de Dios- este Espíritu es el mismo que se da en el bautismo, sólo que nos presiona por la "palabra" exigiendo ser guía. La primera vez se fija en el ser; la segunda en el obrar de los hijos de Dios.

Bendecir es pedir al Señor que su favor se derrame sobre nosotros. Dios, por su Hijo, nacido de mujer, nos ha concedido el mejor de los regalos, el mejor de los premios. En la primera parte de la Oración Colecta nos dirigimos al Señor, expresándole "*... que por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación".*

Una actitud sobresaliente en la Madre de Dios es el silencio ante el Misterio. Alguien ha dicho que las palabras desaroman el secreto. María guardaba cuidadosamente el encanto de lo sublime.

Evangelio: Lucas 2, 16-21

El mensaje celeste, al proclamar el nacimiento de un niño que es el Salvador, el Mesías, el Señor, provoca una serie de reacciones en cadena: primero en los pastores, luego en los que oyeron lo que decían los pastores y finalmente en la propia madre del niño, en María. Esto es lo que recoge Lucas en los vv. 15-20. El versículo 21 cuenta el hecho de la circuncisión y de la imposición del nombre de Jesús. Lo mismo que Juan, Jesús queda marcado con la señal de la alianza, que le incorpora oficialmente al pueblo de Israel. El nombre de "Jesús" no es casual, sino impuesto por el propio Dios. Eso hace que el énfasis del relato recaiga de manera especial sobre la imposición del hombre más bien que sobre el rito de la circuncisión. Comentamos solamente el versículo 19.

19 Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.

El contenido genérico de esta frase contrasta con Lc 2, 51: "*Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón."* Donde se repite la expresión, pero con referencia a un hecho concreto de carácter extraordinario.

La actitud de la madre se repliega hacia su interior; guarda sus experiencias y las medita en su espíritu. La intención de Lucas es presentarnos a María en su esfuerzo por comprender el significado de lo que ella misma ha vivido y de lo que le han contado los pastores.

El hecho de que esa misma indicación de Lucas vuelva a aparecer- como estribillo- en Lc 2, 51 es un indicio claro de que María no había comprendido las profundas implicaciones del acontecimiento. La característica fundamental de la personalidad de María, según Lucas, es su gran fe; no es sólo " *la que ha creído*" (1, 45), sino " la que escucha la palabra de Dios y la pone en práctica" ((Lc 8, 21) y la que ora con toda la comunidad en espera de la venida del Espíritu (Hch 1, 14). El encuentro con los pastores le reveló que su hijo es el "Salvador". Pero ¿comprendió realmente el significado profundo de ese título?

La reacción de María ante lo sucedido es algo que queda en su intimidad. No como los pastores, que se van alabando a Dios y difundiendo la noticia, ni como la gente, que se maravilla de lo que cuentan los pastores. Su actitud ante los acontecimientos, su meditación interior, corresponde a su personalidad de "creyente", de "esclava del Señor
Sólo una figura establece un puente entre el relato de la infancia y el ministerio de Jesús: María, su madre. Ella es la única persona adulta mencionada en estos dos capítulos que reaparece en el cuerpo del evangelio. Y así, en el v. 19, por contraste, Lucas la aparta de los otros oyentes al decir que "*conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su corazón"*.

Laurentin pone mayor énfasis en María como teóloga que como redactora de memorias. Precisamente porque Lucas la describe en el ministerio como creyente y discípula, tiene que presentarla profundizando en el significado de los acontecimientos que han tenido lugar.

La mariología ahonda más en esta afirmación del v. 19. Los místicos se complacen en contemplar a María la figura del orante, del que está seducido por el Señor.

Esta figura de María, que guarda silencio en su corazón, meditando lo sucedido y lo que está sucediendo tiene su propia identidad: no es necesario proyectar sobre ella la luz, que viene de la Resurrección (siempre lo será), sino que es "normal" que una madre (como María), guarde silencio, observe, medite, pregunte por tantas cosas, que comprende a medias.

La exégesis a veces resulta pobre a la hora presentar la figura de Maria, que reacciona, guardando silencio, meditando en su corazón (en su ser) lo que está viviendo.

La Iglesia debe aprender de María a callar para poder captar el mensaje, que se encierra en lo que el Señor nos quiere comunicar; pero que nosotros no acertamos a desvelar.

A la Madre de Dios nos dirigimos, exponiéndole nuestros deseos de que se acorde siempre de nosotros. "Escucha a la que te engendró, tu Madre que intercede por nosotros, y salva, ¡Oh Salvador nuestro!, al pueblo desolado" (Oraciones de rito Bizantino a la Madre de Dios).
En la segunda parte de la Oración Colecta le pedimos al Señor:" Concédenos experimentar la intercesión de aquella de quien hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida ".
La Solemnidad de Santa María, Madre de Dios, es la declaración de qué ese hijo, nacido del vientre de María, y qué relación surge entre la Madre de Dios y nosotros, los hermanos de su Hijo.

Que adquiramos conciencia de esta Fiesta para poder festejar a María y nunca separarnos de Ella.

.

.